

cayó bajo el hacha del verdugo. Si es cierto que su ambición al principio satisfecha y engañada después en sus esperanzas, hubiese atraído á Relegh al partido de los malcontentos, en una época en que la autoridad de Jacobo I parecía iba á desplomarse por sí misma, las faltas en que aquel grande hombre pudo haber incurrido fueron bien compensadas por los largos y eminentes servicios que prestaba á su país, y la posteridad los echará en olvido para no acordarse mas que de su gloria y de sus desgracias.

Dentro de poco se trató de perfeccionar la administración de la colonia, formando nuevos reglamentos, cuyas bases fundamentales habia trazado aquel gran hombre de estado, y la Virginia tuvo su primera asamblea jeneral en Jamestown por el año de 1620. Todas las villas formadas en corporaciones tuvieron el derecho de enviar allí sus representantes, y se organizaron en seguida en supremo consejo y tribunales inferiores: adoptóse la forma de gobierno de Inglaterra y todos los individuos de la colonia pudieron gozar de las mismas libertades que los habitantes de la metrópoli. Establecióse en Henrico un colegio para la educación civil y religiosa de los niños y continuaron sin alteración las pacíficas relaciones con los jefes de las tribus, siendo siempre protegido el sistema de colonización por la exención temporal de los impuestos.

En este estado tomó el gobierno inglés la peligrosa resolución de hacer trasportar á la América cien personas de entrambos sexos condenadas por disolución y holgazanería; medida que se creyó favorable á la prosperidad de la colonia, pero que fué perjudicial al aumento de su población, impidiendo la emigración de muchos Ingleses, porque desde que se pudo mirar á la Virginia como un depósito de proscritos y vagabundos, muchos se retrajeron de establecerse en ella. Los que se disponían para establecerse en aquellas colonias prefirieron las que se empezaban á formar en la Nueva Inglaterra, y la Virginia se

vió privada por algun tiempo de la nombradía y aumentos de que habia gozado hasta entónces.

Para llamar sobre ella la atención pública se encargó escribir su historia al capitán Smith que mejor que nadie la conocia, por haber fundado dos veces á James-town, por haber estendido la colonia con sus descubrimientos, y consagrado á la prosperidad de este establecimiento toda su felicidad doméstica y los bienes de fortuna que habia adquirido en algunas campañas.

La compañía de Lóndres celebró además algunas contratas con muchos comerciantes aventureros, para tratar de proveer de un modo mas eficaz á los trabajos y á la población de la colonia, á la cual hicieron algunas remesas de utensilios, instrumentos de labranza y otros muebles; y habiéndoles demostrado los resultados cuán peligroso era el enviar allí á la bez de la sociedad, no repitieron semejante esperiencia; enviaron pues á Virginia mas de cien jóvenes bien parecidos que recomendaban á la compañía por sus costumbres y virtuosos principios. Llevaba cada uno un certificado que atestiguaba su buena conducta, la naturaleza de su carácter y sus conocimientos, para que pudiesen elegir con antecedentes los que las quisiesen por compañeras y las comprasen al precio que se conviniese. Al principio se prefijó este á ciento y veinte libras de tabaco por cada una, aumentándose después hasta ciento cincuenta ó mas, cuando la muerte de algunas hizo conocer á los contratistas la poca seguridad de semejante comercio. Hasta se llegó á atraer á estos traficantes concediéndoles alguna porción de terreno proporcionado al número de mujeres que remitiesen á la colonia, cuyas concesiones debieron ser contiguas y formaron el recinto de una ciudad que tomó el nombre de Maidstown (ciudad de las vírgenes.) Al mismo tiempo empezó á entablarse el comercio de las pieles con los Indios, después que se supo el inmenso beneficio que reportaban la Francia y Holanda de sus relaciones con los pueblos cazadores espar-

cidos al rededor de la colonia.

Así se iban tomando todas las medidas propias para asegurar la prosperidad de la Virginia, cuando se vieron los Ingleses amenazados de un completo esterminio. Hubo de ser la causa ó el pretesto de tan abominable proyecto la muerte de un guerrero indiano al cual daban los Ingleses el nombre de Jacobo el Emplumado, porque afectaba ir siempre adornado con plumas, y era distinguido entre los suyos por su valor é intrepidez, colocándole en el rango de sus primeros jefes de guerra. Habíase ya encontrado en un gran número de combates, y no habiendo recibido jamás herida alguna, era tenido entre los Indios por invulnerable é inmortal. Los criados de un Inglés á quien él habia muerto, lograron apoderarse de él, y resistiéndose, le hirieron de muerte. En sus últimos momentos suplicó á sus asesinos que le enterrasen secretamente y no dejasen indicio alguno que pudiese hacer sospechar su muerte; pero atestiguólo desde luego su desaparición y la tomaron los Indios por un pretesto de sus hostilidades, y el cacique Opechancanough, que sucedió á Jacobo el Emplumado, tomó por su cuenta el enardecer los ánimos irritados. Enemigo solapado de los Ingleses, aunque continuaba renovando sus tratados solemnes de amistad, formó el proyecto de sacrificarlos á todos de acuerdo con los de su tribu, y ocultando la conspiración con el mas refinado disimulo, prosiguió en sus relaciones mercantiles, prodigándoles todas las atenciones acostumbradas y finjiendo para con ellos los mas amigables sentimientos. Entraban los salvajes libremente en las habitaciones de los Ingleses, que estaban sin armas la mayor parte, y no tenían desconfianza alguna.

Mas el 22 de marzo de 1622, día de funesto recuerdo, fueron invadidas á la vez todas las plantaciones esparcidas fuera de la población, y una infinidad de asesinos enviados de todas direcciones, penetraron de improviso en todos los puntos que

encontraron desaperecidos. En menos de una hora cayeron trescientas cuarenta y siete víctimas á los golpes de los salvajes; y habria sido la matanza mas jeneral, si la gratitud de un Indio, llamado Chanco, por Ricardo Pace que le educaba en su casa, no le hubiese impelido á revelar la conspiración á su bienhechor, la víspera de su ejecución. Corrió este á enterar al gobernador de Jamestown y pudo ponerse á la población en estado de resistir un ataque y aun advertir á los habitantes de las aldeas mas inmediatas, mas no pudo impedirse que estallase la conspiración.

Las desgracias de la colonia y la ferocidad de los hombres que acababan de bañarla en la sangre desus habitantes, llenaron de consternación los ánimos en Inglaterra, en donde se hallaba entónces el capitán Smith, quien ofreció todavía sus servicios al deliberar sobre los medios de poner á los salvajes en la imposibilidad de hostilizar en adelante á los Ingleses. Pedia áquel al gobierno una embarcación con treinta marineros y una división de cien hombres, con sus municiones de guerra y los medios de construir algunas falúas para verificar con rapidez sus movimientos y poder atacar sucesivamente á las poblaciones indianas, jeneralmente situadas en las orillas de los rios. Con estos auxilios se prometia acorralarlos de tal modo que los obligaría á abandonar el país, ó conducirlos cuando menos á tal estado de sumisión que no podrian perturbar en adelante la seguridad de la colonia. Pero ni los servicios personales, ni el plan de operaciones de Smith fueron admitidas, y tratóse de dar á los salvajes un escarmiento mas terrible todavía. Condujéronse nuevas fuerzas á la Virginia, y Francis Wiat, que se hallaba entónces de gobernador, resolvió dar á los Indios un ataque jeneral. Para esto distribuyó sus tropas en pequeñas divisiones que debían operar al mismo tiempo contra diferentes tribus, y todas fueron atacadas el día 23 de julio de 1623, quedando muertos en

el campo un gran número de Indios, y sus campos y habitaciones devastadas.

Tan horribles represalias bien podían reducir á la impotencia el odio de los vencidos, pero en ningún modo podían estinguirle: no habían hecho mas que retardar el momento de la venganza, y era menester prevenir el peligro. Desde entónces se tomó el partido de renunciar á las plantaciones en terrenos muy aislados, de reunir en diferentes grupos las casas de los colonos y de sembrar todas las campiñas contiguas para proveer á la subsistencia de sus habitantes.

Al llegar á esta época en que la colonia veía asegurada su prosperidad, en que iban á formarse otros establecimientos ingleses, y en que la invasión progresiva de todas las costas americanas hacia prever una lucha prolongada y pertinaz entre los habitantes del Antiguo y Nuevo Mundo, consideramos oportuno entrar en algunos detalles sobre el carácter de los Indios, sobre sus costumbres y el estado en que se encontraban cuando su país fué descubierto por los Europeos.

Los primeros hombres que se hallaron en el continente estaban enteramente desnudos, y solo usaban un cinto formado de plumas, de alguna piel muy delgada ó de hojas de árboles. Su color era rojo oscuro, mas ó menos fuerte, segun la diversidad de temperaturas. En ninguna parte se les vió pintarse el cuerpo, pero sí una parte del rostro y del pecho, trazando en ellos, con colores fuertes y brillantes, algunas figuras groseras y sin arte que les dictaba su capricho ó representaban las hazañas del que las llevaba. Los ancianos y los habitantes de los territorios mas frios iban cubiertos de pieles, pero sin ninguna uniformidad en el modo de usar de aquel abrigo. Si la tribu á que pertenecían había tomado el nombre de un animal salvaje, como la tribu del oso, del castor, de la serpiente ó de una ave de rapiña, acostumbraban adornarse con los despojos de aquel animal, que eran el distintivo de una tribu, ó á veces la señal característica

de la fuerza ó destreza de un individuo.

Su ocupacion principal ha sido siempre la caza que empezaban á principios de invierno, á cuyo tiempo se reunian muchas familias para dispersarse en seguida y situarse cada una en un punto diferente. Para esto caminaba á veces el salvaje cincuenta leguas, seguro de encontrar mas abundancia de caza cuanto mas se alejaba de los territorios habitados. En medio de aquellos bosques inmensos saben advertirse mutuamente por unas señas casi imperceptibles y dirigirse por sus observaciones naturales. El sol es su guía mas principal, y cuando el tiempo está cubierto, el color de la corteza de los árboles les indica la parte del norte; por la naturaleza de las plantas conocen la especie de animales que se alimentan de ellas. Unos frecuentan las vastas praderías en donde los juncos y arbustos se elevan á la altura de los pequeños árboles de Europa: otros recorren las llanuras descubiertas en donde la tierra salina solo está cubierta de un menudo cesped. Aquí esperan acechando al antilopo junto á la fuente en donde va á apagar su sed, conocen su modo de andar y su aproximacion por el roce ligero de las yerbas, ejercitando tanto los sentidos del oído y de la vista que adquieren una finura extraordinaria. A veces desde la cumbre de una montaña reconocen de lejos los diversos accidentes del terreno, por los colores de los vegetales, por las formas jenerales de una comarca, por las fajas de ligeras nieblas que las ocultan en parte, adivinando por este medio la situacion de los valles y llanuras ó la direccion de una corriente. El salvaje recorre con rapidez toda la estension de terreno que puede naturalmente descubrir, para llegar hasta el término que una vez se ha propuesto. Su agilidad le hace dominar las alturas mas escarpadas; se deja caer á rastra por lo largo de las rápidas vertientes, se abre paso á través de los bosques y busca el vado de los rios ó atraviesa las corrientes á nado, siempre cargado con sus armas, que no deja un solo instante,

que le son tan indispensables para procurarse los alimentos como para defenderse (véase la lámina 18). Vence en la carrera á los animales, con cuya caza provee á su subsistencia ó los coje en los lazos que les ha tendido, ó los atreviesa con sus flechas. Algunas veces, para no ser apercibido, se cubre de una piel semejante á la del animal que trata de sorprender, se le acerca imitando sus movimientos, y el animal engañado, creyendo reconocer á su especie, se ofrece sin recelo á los tiros que han de matarle (véase la lámina 14). El oso, el zorro y el castor son cojidos generalmente en unas trampas ó hendiduras cubiertas de cesped y ojarasca que ceden al paso de aquellos animales. Para atacar al caiman que frecuenta los grandes rios, espéranle en las orillas y le introducen por la boca unos largos venablos que le desgarran las entrañas y le ahogan en su propia sangre (véase la lámina 13).

Los salvajes que habitan las orillas de los grandes rios tienen en la pesca un medio mas fácil de subsistencia. Para esto construyen algunas veces dentro del agua dos grandes estacadas que se unen por sus estremos en forma de ángulo: empiezan despues ocupando todo el ancho de la corriente sobre una multitud de canoas, y hacen una batida cerrando el paso á los peces y persiguiéndolos hácia la entrada de las estacadas hasta que, azorados con el ruido, quedan prendidos en las redes que se les han tendido, ó detenidos por la empalizada que forman las estacas (véase la lámina 20).

Cuando la caza y la pescason abundantes, hacen de ellas grandes acopios que las heladas preservan de la corrupcion en los países frios: pero donde la temperatura es mas elevada, se toman otras precauciones que consisten en colgar las carnes junto á la chimenea, para que penetrándolas lentamente el humo y los vapores del fuego, vayan dándolas mas consistencia (véase la lámina 15).

Cuando habían agotado la caza en un territorio, se iban los Indios á vivir á otra parte, semejantes en esto,

por necesidad, á aquellas razas de animales nómadas é independientes que siempre van á aposentarse en lugares distintos. En semejantes casos, no solamente los cazadores verificaban estas largas escursiones, sino que todas las familias cambiaban de residencia y abandonaban sus hogares.

Si tenían esperanzas de volver, no llevaban consigo mas que los muebles mas indispensables, dejando los restantes suspendidos de las ramas de los árboles, como un depósito que debia respetar la buena fe de los que allí los encontrasen.

Cuando los salvajes abandonaban un territorio para no volver jamás á él, sus mujeres, madres y hermanas cargadas con los niños seguian el destino de los cazadores, y hasta los ancianos llevaban sus flechas y arcos; y si durante estas penosas emigraciones, moria algun individuo de la tribu lejos del país natal y del territorio á donde se dirigian, rara vez enterraban en el sitio su cadáver, temiendo que fuese pasto de las bestias feroces, sino que le colocaban sobre unas angarillas formadas de las ramas de los árboles y sostenidas por estacas, abandonando sus despojos á las aves del cielo. Si el difunto era por casualidad notable y distinguido por sus cualidades ó por su nacimiento, se reservaban el volver á visitar el sitio donde había muerto, dejando algunas señas fáciles de reconocer y que acostumbraban á tomar de la misma naturaleza, como una roca, un arroyo, una cascada ó un árbol que dominase el territorio, ó en cualquiera otra circunstancia se distinguiese de los demás.

Entre los salvajes eran muy comunes estas emigraciones, por cuanto se iban disminuyendo los animales mas útiles para el alimento ú el abrigo, siendo inferior su reproduccion á la destruccion que la misma caza ocasionaba; cuya escasez se hizo tanto mas sensible, despues que los Indios empezaron á perseguir á los animales con mas ardor, atraídos por las ventajas que les ofrecian los Europeos en el tráfico de la peletería. Los tratados que tuvieron lugar con relacion á este comercio, fueron des-

poblando los bosques enteramente, haciéndose por este medio la caza mas difícil y menos productiva. Los salvajes que no podían suplir este medio de subsistencia mas que con los frutos naturales, los granos y raíces que les ofrecía la tierra espontáneamente, y cuyas semillas esparcían ellos al azar, no manifestaban conocer otro grano que el del maíz, que tenían sembrado al rededor de sus habitaciones y de cuyo cultivo estaban encargadas las mujeres. Para preparar sus alimentos se servían comúnmente de unos vasos de madera, que, no pudiendo soportar la acción del fuego, los llenaban de agua y la hacían hervir, echando en ella guijarros ardientes. Antes de cocer la caza, procuraban ablandar la carne; pero no teniendo siempre ocasión de hacerlo, se habían visto muchas veces las familias sentadas en el suelo repartirse y comer los miembros sangrientos todavía de los ciervos que los cazadores acababan de matar (véase la lámina 16.) No tenían horas ni alimentos determinados, y pasaban á veces muchos días sin comer, ó lo hacían con exceso siempre que tenían víveres en abundancia. Bebían agua pura, pero se habían también procurado una especie de licores, que hacían fermentar y componían con la infusión ó destilación de algunas plantas; y se deleitaban además con la embriaguez fumando el tabaco en los días de reposo que había señalados para después de la caza.

En estos intervalos se entregaban á una inercia ó descanso absoluto; y tendidos sobre sus esteras de juncos ó sobre las pieles de animales, pasaban días enteros fumando y durmiendo hasta que la falta de provisiones les forzaba á buscarlas de nuevo, ó se alzaba el grito de guerra.

Cada nación tenía limitado su derecho de cazar en determinados cantones, de que se hacía dueña por la posesión y la costumbre, y cuya propiedad jamás era atacada impunemente entre los salvajes. La invasión de los lugares destinados á la caza ó á la pesca equivalía á una declaración de guerra; en cuyo caso empuñaban todos el *tomahac*, especie de maza ó

clava que formaba de un tronco muy fuerte, terminado por una grande bola erizada comúnmente de pedernales; y armados así, esperaban, bramando de alegría, la señal de la partida.

Quando los ancianos, reunidos debajo de los árboles del consejo, habían resuelto que se atacase una nación vecina, entonces se ponía al fuego la caldera de la guerra y se enviaba el calumete á todas las tribus aliadas: señalaban la hora y el punto de reunión, y el jefe encargado de mandar la expedición entonaba el canto de guerra, invocando la protección de todos los espíritus propicios. « Vosotros todos, que vagáis por el cielo, sobre la tierra ó debajo de la tierra, destruid á nuestros enemigos, entregadnos sus despojos y adornad nuestras cabañas con sus sangrientas calebelleras. » A estas imprecaciones sucedía la danza de guerra, y todos los salvajes acompañaban en seguida á su jefe, emprendiendo con él unas expediciones, en las cuales muchas veces habían de trepar ásperas rocas, atravesar desiertos é inmensos bosques antes de llegar al país enemigo que querían invadir. Habían de hacer uso al mismo tiempo de la mas extraordinaria vijilancia, de paciencia, astucia y robustez para vencer los obstáculos que se les oponían, y lograban descubrir la situación del enemigo por los mas imperceptibles indicios, á veces distinguiendo el humo de sus chimeneas, otras reconociendo las huellas en los puntos por donde había pasado: con frecuencia emprendían su marcha durante la noche para no ser descubiertos, vadeaban los ríos, ó los atravesaban á nado, aprovechando las horas en que no estaban vijiladas las aldeas, para arrebatrar las mujeres y los niños. Quando querían atacar á una partida de enemigos armados, espían el momento en que estuviesen descuidados para sorprenderlos, ó esperaban tener alguna ventaja numérica. En el calor del combate se les veía abandonar á su ferocidad natural, y arrancar las calebelleras á los enemigos que habían matado, ó arrastrar hácia su país á los prisioneros para que el gran

consejo decidiese sobre su suerte. Comúnmente reemplazaban con los prisioneros las pérdidas que cada familia había experimentado en la guerra, pero los que no eran adoptados como hijos de la tribu sufrían los suplicios mas horrorosos. Los desollaban en vida empezando por las estremidades para prolongar mas el suplicio, y todos querían tomar parte en la tortura; unos les arrancaban las uñas, otros les quemaban ó machacaban los dedos, y les llenaban de heridas todo el cuerpo, evitando sin embargo el corazón para multiplicar los tormentos mientras durase la vida. A pesar de esto no se le escapaba á la víctima ni una queja, ni un gemido; sufría con heroísmo estas reiteradas agonías, y esperaba la muerte sin exhalar un suspiro, oponiendo la mas admirable constancia á la rabia de sus verdugos. Antes les provocaba comúnmente con insultos y sarcasmos y con el mas frío desprecio de la vida, hasta que acababa esta con la sangre, ó que un enemigo enternecido le daba una herida mortal para terminar de una vez su agonía.

Las mujeres mismas figuraban en aquellas escenas de sangre, y vengaban en las personas de los prisioneros á sus esposos, hijos ó padres que habían perdido. Ellas mismas proclamaban el nombre de los guerreros que mas se habían distinguido, los cuales acostumbraban recibir de su tribu un nuevo dictado que venía á ser su título de honor y perpetuaba el recuerdo de sus hazañas. Tenían en mucha estima esta recompensa, porque no hay nación alguna que no aprecie el valor, y este constituye la primera virtud entre los salvajes.

Muchas veces las ceremonias fúnebres sucedían á los bárbaros espectáculos que se acaban de referir. Las familias que habían perdido sus guerreros quedaban en la mayor desolación, y todos los salvajes asistían al entierro; colocaban junto al cadáver las armas y los objetos que el difunto tenía en mas aprecio, con algunas provisiones de víveres para alimentarse, como decían, en su

postrer viaje. Luego el gran consejo de la tribu designaba la época en que debía celebrarse con toda solemnidad la fiesta de los muertos; y entonces amontonaban en un féretro común los restos de los guerreros y les hacían de nuevo los honores, que consistían en cantos guerreros, jemidos, danzas y juegos salvajes, proclamando mas amenudo y con señales de respeto los nombres de los que mas se habían distinguido en vida.

En diferentes países del Nuevo Mundo se han encontrado igualmente monumentos de estos ritos fúnebres, y entre los Indios son consideradas las sepulturas como un asilo sagrado, en donde los restos de sus abuelos deben ser respetados y descansar en paz.

En unos pueblos en donde no se reconocía casi otro derecho que el de la fuerza, se repelían los actos de violencia con la violencia, y la venganza pertenecía de derecho al agraviado ó á su familia. Si un hombre mataba á otro, el pariente mas próximo de este debía matar al asesino; mas á su vez era también perseguido y asesinado por los parientes de aquel, sucediendo con frecuencia que la muerte violenta de uno solo ocasionaba otros muchos asesinatos. Sucedia también con este motivo que un Indio que había cometido un homicidio, pasaba á vivir en otra tribu, desterrándose voluntariamente; mas el odio que los allegados del difunto juraban al matador era á veces tan implacable, que ni el tiempo ni la emigración libraban á este de la persecución, y arrostraban entonces las fatigas, los riesgos y privaciones mas grandes para saber el paradero y sorprender al objeto de su venganza.

Muchas veces sin embargo tenía lugar una especie de transacción entre el homicida y los parientes de la víctima, consintiendo estos á recibir de aquel algunos presentes que debían hacer olvidar la ofensa. Ofrecíase por piezas separadas esta especie de rescate, y decía el agresor al entregarlas: « Con este primer presente, arranco de la herida mi tomahac y le hago caer de las manos

del que habia resuelto tomar venganza: con el segundo presente, quiere restañar la sangre que mana de la herida; y con los demás cicatrizarla, y borrar con su recuerdo los sentimientos de hostilidad y el deseo de venganza que os pudo animar contra mí.»

Los Indios llevaban hasta el extremo todas sus pasiones, escepto la que en el estado social ha llegado á ser la mas imperiosa. Los derechos de la hospitalidad eran entre ellos los mas sagrados; acostumbraban á tener el mas heroico desprendimiento para con sus amigos; y la compasion para con los oprimidos que querian socorrer les arrastraba hasta el punto de tomar venganza de los opresores. Mas apesar de sus fogosos sentimientos se mostraban siempre dóciles á la voz de los ancianos, que eran entre ellos muy respetados. Estos instruian la juventud en los acontecimientos que interesaban á su pais, enardeciendo ó moderando sus jenerosos impulsos, enseñándoles los cantos de guerra y conservando las tradiciones de las hazañas de sus abuelos. Acostumbrábanles sobre todo á arrostrar la ferocidad de sus enemigos, y á no manifestar emocion alguna en medio de los mas atroces tormentos. Naturalmente dispuestos á tener esta constancia por las privaciones análogas á la vida salvaje, recojian aun toda la fuerza de su alma en estos momentos de prueba, y la exaltacion del espíritu que sobrepujaba á la debilidad de los sentidos, les hacia insensibles á todo jénero de tormentos.

Tal vez les sostenian en semejantes trances pensamientos de otra especie; porque el hombre á quien repugna la idea de morir enteramente, en cualquier estado que la naturaleza le haya colocado, tiene un sentimiento secreto de esperanza que le revela el porvenir, un secreto instinto que le consuela de lo presente, le sostiene durante la vida y le hace mirar mas allá del sepulcro, colocando allí la dicha que le escapa en este mundo y que siempre busca su deseo.

Los Indios tenian algunas ideas de una vida futura, y se imaginaban un mundo de recompensas, poblado de fértiles campos, de risueñas praderías y arroyos cristalinos, en donde la caza y la pesca no se agotarían jamás. Un monstruo, segun ellos, guardaba la entrada de este paraíso, en el cual solo podian penetrar los mas bravos guerreros, abriéndose paso con los arcos y flechas que les colocaban en su sepulcro.

¿Mas en qué consistian las ideas mas elevadas que habian podido inspirar á los salvajes sus opiniones sobre la otra vida? Todo lo que era superior á sus facultades intelectuales, todo lo que parecia una vez inapeable á su corta y limitada comprension, quedaba abandonado al arbitrio de cada uno. Si el hombre ha consentido en creer que está sometido á un poder supremo ¿cuál puede ser esta autoridad soberana, que dispone de nuestros destinos, y habiendo existido primero, existirá aun despues que nosotros háyamos desaparecido? ¿Puede acaso percibir la el hombre por medio de sus sentidos? ¿No la vemos manifestarse en los fenómenos de la naturaleza, en los beneficios que nos concede, y hasta en los infortunios mismos con que nos castiga? El hombre primitivo todo lo divinizaba en su candorosa credulidad, y adoraba los astros, los elementos, hasta los árboles que le prestaban sombra y alimento, las peñas que destilaban un manantial de agua cristalina ó abrian paso á los torrentes. Poblaban los salvajes ensu imaginacion al mundo de potestades invisibles que obraban de acuerdo con el hombre, y por esto se preciaban de conocer los futuros acontecimientos por medio de agüeros ó sueños, ó por la sabiduría de los ancianos que todo lo preveian inspirados por el grande Espíritu; hasta que estos, convertidos en ministros y celebrando sus ritos en la choza salvaje que habian consagrado, establecian poco á poco sobre los demás su autoridad y su imperio.

LIBRO SEGUNDO.

FUNDACION DE LAS COLONIAS DE LA NUEVA INGLATERRA, NUEVA YORK, MARIAND, CAROLINA, Y LA PENNSILVANIA. RELACIONES CON LAS COLONIAS FRANCESAS DEL CANADA Y DE LA ACADIA, CON LOS IROQUESES Y DEMAS TRIBUS AMERICANAS.

Hasta aquí hemos podido comparar y presentar en un solo cuadro las diferentes tribus americanas que la semejanza de su situacion en el orden social tuia por un gran número de relaciones; mas no nos será posible asimismo el caracterizar por algunos rasgos comunes á las colonias europeas que se iban estableciendo en America; porque así como la naturaleza imprime á las naciones en su infancia un sello de uniformidad, el tiempo las modifica en seguida, y las hace distinguir entre sí por sus progresos intelectuales, por sus opiniones, creencias é instituciones que en cada una se van adoptando: y por esto la muchedumbre de hombres que emigraron nuestra sociedad, para formar colonias en el Nuevo Mundo, se dividian allí en diferentes grupos, cada uno de los cuales conservaba el diverso carácter de su procedencia.

La compañía de Plymouth, que obtuvo de Jacobo I, en 1620, la concesion de todas las comarcas situadas al norte de los establecimientos de la Virginia, entre los grados 40 y 48, hubo de trasportar sucesivamente en aquellos paises un gran número de hombres pertenecientes á todos los partidos políticos y religiosos y animados además de aquel espíritu inquieto, indócil é intolerante, que habia desquiciado en Europa la sociedad en sus cimientos. Habia entre ellos wighs y toris, anglicanos, puritanos, anabaptistas y partidarios de todas las sectas. Procuróse desde luego reunir á estos hombres, por encontradas que fuesen sus opiniones, y no estando la Inglaterra bastante poblada para sostener una emigracion numerosa,

procuró atraer á los extranjeros á sus nuevas posesiones. Estableciáanse en ellas individuos procedentes del Palatinado, del pais de Salzburgo y otros puntos de Alemania y Holanda, en donde los disturbios políticos y la miseria habian roto todos los vínculos que retienen á los hombres en su suelo natal, bajo la proteccion del gobierno que les ha rejido en su juventud.

Estos emigrados salian de todas las clases de la sociedad: muchos de ellos habian trasladado sus fortunas á América, para adquirir en ella nuevas propiedades; otros no tenian mas bienes que su industria, su trabajo y su valor; otros, faltos de medios para pagar el importe de su viaje, habian convenido con la compañía de Plymouth en prestarle sus servicios personales por tiempo determinado, y hasta habia algunos desterrados que sufrían allí su castigo y esperaban un porvenir mas lisonjero.

Viéronse allí, entre los primeros disidentes, autorizados para establecerse en la Nueva Inglaterra, á los brownistas que se habian refugiado en Holanda durante los últimos reinados, y eran tenidos por unos sectarios entusiastas y enemigos del gobierno. Siempre se habia temido la exajeracion de su celo, y apenas se les toleraba en su destierro, en donde vivian reducidos á una nulidad poco conforme á la altivez é independencia de su carácter. Abrióles la América un nuevo refugio, y despues de haber obtenido de Jacobo I el permiso de ejercer su culto libremente en la Nueva Inglaterra, hicieron un contrato con la sociedad de Plymouth para trasladarse allí y formar un establecimiento. La primera colonia abordó en el cabo Cod, el 9 noviembre de 1620; y siguiendo su navegacion hácia el oeste, fundó en el continente la Nueva Plymouth, en el fondo de una bahía, que tomó el mismo nombre. Habian llegado cien personas solamente y murieron la mitad en el primer año: los habitantes que quedaron fueron divididos en muchas familias, y pronto subieron al número de trein-